

aún peor y más alarmante como síntoma, porque denota que no servimos para la economía y para el ahorro; que, pues no sabemos administrarnos, sin duda hizo clavo é imprimió carácter en nuestra raza el bienestar antiguo, y, en fin, que siempre tendremos ó dejaremos nuestra *blanca* al alcance de todo *ginovés* de afición que la apetezca para ir medrando á costa de nuestra hidalga y ubérrima bobería.

(*El Universo*, 10 de Febrero y 9 de Marzo de 1908.)

## XXVII

## MULIEREM FORTEM...

Ha mucho que lo reparo. No se me escapa sin leerla ninguna de esas largas listas de *trousseaux* —*ajuares de novia* decíamos en otro tiempo— que con frecuencia publican los periódicos, y entre tanto *pendentif* y tanto encaje y tan inútil y aun estorbadora baratija como hacen quilométricos esos inventarios, todo ello extranjero ó extranjerizado, porque lo netamente español está *déplacé* para las gentes de buen tono, jamás, ni por acaso, veo el nombre de un cierto regalillo, insignificante por su costo, sí, pero de muy subido precio por su valor; de una alhajita extremadamente provechosa y de la cual, mejor que de amuleto alguno, pueden esperar inestimables bienes el nuevo matrimonio y los hijos que de él provengan. Me refiero á un libro: al que fray Luis de León intituló *La perfecta casada*, destinado para enseñar y recordar santas obligaciones y para patentizar, de paso, cómo “se engañan mu-

chas mujeres que piensan que el casarse no es más que dejar la casa del padre y pasarse á la del marido, y salir de servidumbre, y venir á libertad y regalo, y piensan que con parir un hijo de cuando en cuando, y con arrojarle luego de sí en brazos de una ama, son cabales y perfectas mujeres”.

Yo oí contar de una señora anciana, viuda desde había muchos años, que cada vez que se le casaba una de sus nietas dábale de regalo, además de algunos centenares de amarillas peluconas—que aún las había antañazo, cuando el franco estaba enfermo y sana la peseta—, unos zorros de limpiar y un llavero de cobre, en que había hecho grabar este adagio: “Quien tiene cuenta, tiene renta.” Pero mucho deben de haber cambiado nuestras costumbres, cuando hoy no se hacen tales regalos. Ó somos mejores, ó somos peores que nuestros abuelos, y, en cualquiera de entrambos casos, el librito huelga, ya sea por harto conocido, ó ya por harto desestimado.

Tengo para mí que si el *Quijote*, nuestro gran libro profano, con ser cosa amenísima y, como quien dice, de ayer de mañana, pues tres siglos son tres soplos en la historia de la humanidad, es obra que—valgan verdades—han leído pocos españoles y todavía menos españolas, puede bien conjeturarse que no haya cabido mejor suerte á los escritos de Salomón, mucho más sabio que Cervantes, ciertamente; pero también mucho más antiguo y, en especial, menos sabroso. Y como,

en realidad de verdad, *La perfecta casada* del famoso agustino no es sino un comentario ó explanación de la pintura que de *la mujer fuerte* (*mulier virtutis*, según el sapientísimo Arias Montano, y *mujer de valor ó de precio, preciosa*, según fray Luis) hizo Salomón en el capítulo XXXI de su *Libro de los Proverbios*, y la *fortaleza* del día va, por lo común, un poquito fuera del cristiano espíritu que movió la pluma del meritísimo conquinense, aquel lindo joyel bibliográfico, gala del buen decir y del mejor pensar, parece haberse quedado rancioso, *démodé*, como tantas otras cosas buenas y españolísimas.

Con todo eso, yo quiero creer que en cada hogar en donde hay jóvenes casaderas hay, á la vez, para su enseñanza y guía en lo futuro, algún ejemplar de la mencionada obrita, y tengo singular complacencia en suponer que ese ejemplar es, las más de las veces, el mismo, ya traidillo de tan usado, en cuya lectura la madre, un año tras otro, comprobó, como en piedra de toque, por cumplidos cuidadosamente, graves deberes que siempre había hecho ligeros y gustosos el amor conyugal y el todavía más hondo y desinteresado que se tiene á los hijos. Pero aun imaginándolo tal como lo apetezco, quizás no huelgue entresacar algunos párrafos de aquel texto admirable, para que aquellos de mis lectores que no lo hayan á la mano paladeen en algunas muestras sus bellezas de fondo y de estilo y, de paso, aprecien por sí hasta qué punto en la práctica de la vida se tie-

nen en cuenta, ó andan preteridas y desdeñadas, las prudentes moniciones que hizo el doctísimo escritor, tanto sacándolas de su propia minerva como poniéndose á espigarlas en el vasto y fértil campo de sus lecturas. De los libros sapienciales, verbigracia, tomó, para contra ponerlas, las máximas referentes á la mujer buena y á la mala. "El marido de la mujer buena es dichoso y vivirá doblados días, y la mujer de valor pone en su marido descanso, y cerrará los años de su vida con paz... Don grande de Dios es el trato bueno suyo; bien sobre bien y hermosura sobre hermosura es una mujer que es santa y honesta... Como el sol que nace parece en las alturas del cielo, así el rostro de la buena adorna y hermo sea su casa..." Por el contrario, "casa que se llueve es la mujer rencillosa... La celosa es dolor de corazón y llanto continuo... La tristeza del corazón es la mayor herida... Toda llaga, y no de corazón; todo mal, y no mal de mujer..."

Exhortando á las mujeres á que en el gastar sean muy discretas, "porque si comienzan á destemplarse se destemplan sin término, y son como un pozo sin suelo, que nada les basta, y como una carcoma, que de continuo roe, y como una llama encubierta, que se enciende sin sentir por la casa y por la hacienda, hasta que la consume", dice: "Porque no es gasto de un día el suyo, sino de cada día; ni costa que se hace una vez en la vida, sino que dura toda ella; ni son, como suelen decir, muchos pocos, sino muchos muchos. Porque si

dan en golosear, toda la vida es el almuerzo, y la merienda, y la huerta, y la comadre, y el día bueno; y si dan en galas, pasa el negocio de pasión y llega á increíble desatino y locura, porque hoy un vestido, y mañana otro, y cada fiesta con el suyo; y lo que hoy hacen, mañana lo deshacen, y cuanto ven, tanto se les antoja... Y aun hay en ello otro daño muy grande: que los hombres, si les acontece ser gastadores, las más veces lo son en cosas, aunque no necesarias, pero duraderas ó honrosas, ó que tienen alguna parte de utilidad y provecho, como los que edifican suntuosamente, y los que mantienen grande familia, ó como los que gustan de tener muchos caballos; mas el gasto de las mujeres es todo en el aire: el gasto muy grande, y aquello en que se gasta ni vale ni luce... Y muchas veces no gasta tanto un letrado en sus libros como alguna dama en enrubiar sus cabellos."

En esto de teñirse el pelo y pintarse la cara, el buen agustino, dejando la palabra á San Ambrosio y á San Cipriano, copió maravillas: "Tu Señor—recordaba este santo—dice que no tienes poder para tornar blanco ó negro uno de tus cabellos, ¡y tú pretendes ser más poderosa...! Enrojas tus cabellos, y en mal agüero de lo que te está por venir, les comienzas á dar color semejante al del fuego...; y como del Señor esté escrito que su cabeza y sus cabellos eran blancos como la nieve, ¡tú maldices lo cano y abominas lo blanco, que es semejante á la cabeza de Dios!" Y San Am-

broso, con tremenda fuerza de lógica: "Di, mujer, ¿qué mejor juez de tu fealdad podemos hallar que á ti misma, pues temes ser vista cual eres? Si eres hermosa, ¿por qué con el afeite te encubres? Si fea y disforme, ¿por qué te nos mientes hermosa, pues ni te engañas á ti, ni del engaño ajeno sacas fruto? Porque el otro en ti afeitada no ama á ti, sino á otra, y tú no quieres como otra ser amada."

Pues ¿cómo cristianamente habían de tratar las damas sus rostros? "Hagan—recomienda el insigne agustino—como hacía una señora deste reino. Tiendan las manos y reciban en ellas el agua sacada de la tinaja, que con el aguamanil su sirvienta les echare, y llévenla al rostro, y tomen parte della en la boca y laven las encías, y tornen los dedos y llévenlos por los oídos y detrás de los oídos también, y hasta que todo el rostro quede limpio no cesen, y después, dejando el agua, límpiense con un paño áspero y queden así más hermosas que el sol." ¡Tocador más barato no se vió en el mundo! Bien que el toque y aun el *retoque* principal de la hermosura está... en ser las mujeres natural y no artificialmente hermosas. Por eso aquella linda copla dialogada:

—¿Con qué te lavas la cara,  
Que tan colorada estás?  
—Me lavo con agua clara,  
Y Dios pone lo demás."

Más adelante, tratando del criar de los hijos, escribió fray Luis este tierno y bellissimo párrafo,

que parece obra de mi ilustre amigo el doctor Tolosa Latour: "El parir, aunque duele agramente, al fin, se lo pasan. Al criar no arrostran, porque no hay deleite que lo alcahete. Aunque si se mira bien, ni aun esto les falta á las madres que crían: antes en este trabajo la naturaleza, sabia y prudente, repartió gran parte de gusto y contento. El cual, aunque no le sentimos los hombres, pero la razón nos dice que le hay, y en los extremos que hacen las madres con sus niños lo vemos. Porque ¿qué trabajo no paga el niño á la madre cuando ella le tiene en el regazo desnudo, cuando él juega con la teta, cuando la hiere con la manecilla, cuando la mira con risa? Pues cuando se le añuda al cuello y la besa, paréceme que aun la deja obligada. Críe, pues, la casada perfecta á su hijo, y acabe en él el bien que formó, y no dé la obra de sus entrañas á quien se la dañe, y no quiera que torne á nacer mal lo que había nacido bien, ni que sea maestra de vicios la leche, ni haga bastardo á su sucesor, ni consienta que conozca á otra antes que á ella por madre, ni quiera que en comenzando á vivir se comience á engañar. Lo primero en que abra los ojos su niño sea en ella, y de su rostro della se figure el rostro dél."

Perdóneme Dios por el mal pensamiento; mas paréceme que este libro de *La perfecta casada* haría amigos de fray Luis de León á muchos hombres; pero á muy contadas mujeres. Porque las exhortaciones á lavarse con agua sola, sin la ayu-

da de la redomilla y del polvillo, y á prescindir de galas, y á no enrubiar los cabellos, y á criar por sí mismas á sus hijos, á pocas antaño parecerían razonables, y cuenta que no hablo de las de hoy. Y los hombres, entre tanto, elevarían á la *enésima* potencia aquel encarecimiento con que Salomón preguntaba: "Mujer fuerte, ¿quién la hallará?"

Quizás nacería entonces un bizarro cuentecillo, que recordaré para concluir. Sabido es que en ciertos días toca leer en la misa la epístola de *la mujer fuerte*, tomada del *Libro de los Proverbios*. Pues bien, uno de esos días, como en cierta misa cantada el subdiácono, mientras buscaba la hoja en que había de leer tal epístola, empezase á entonarla, cantando *Mulierem fortem quis inveniet?*, única frase que sabía de memoria, y por más que hojeaba no lograba su propósito, repetía, por llenar el tiempo, las mismas palabras, si bien alterando su colocación para que pareciesen diversas, en esta forma: "*Quis inveniet... fortem mulierem...? Quis mulierem... inveniet fortem...?*" Hasta que al cabo, desesperado ya de topar con lo que buscaba, dióse por vencido y, cerrando el misal, terminó su epístola con estas concluyentes palabras: "*Mulierem fortem... non invenio.*"

(A B C, 17 de Febrero de 1908.)

## XXVIII

## UNA JORNADA REAL

## I

## SANLÚCAR DE BARRAMEDA

Con un bizarro encarecimiento ajeno he de comenzar esta serie de artículos, que, porque el lector no se alarme, desde ahora aseguro que no pasarán de cuatro. El encarecimiento es éste:

"Tiene el ancho mar de España,  
Sobre su arena un brinquiño  
De esmalte y beldad extraña,  
Limpio más que blanco armiño,  
Pues que el pie le besa y baña:  
Una ciudad que es del Moro  
Miedo y de España tesoro;  
Tan bella, que no dirán  
Sino que es la de San Juan,  
Hecha de esmeraldas y oro."

Este *brinquiño*, esta bella ciudad era y es Sanlúcar de Barrameda, y el poeta que así la ensalzaba fué